

# *BIBLIOGRAFIA*

## EL PLAN INFINITO

De *Isabel Allende*

Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1991.

*El plan infinito* es la vasta semblanza biográfica de un norteamericano actual entre excéntrico y típico, sobre el telón de fondo del país entero. Esta cuarta novela de Isabel Allende permite ya un juicio relativamente seguro sobre su status literario. Yo diría que la autora ha optado por el éxito, por la lectura masiva. Por cierto, no cualquiera puede hacer esta opción: hay que estar bien dotado, como ella lo está. Posee una pluma ligera, una inventiva pródiga, un sentido innato de la amenidad, lo que no es poco. Pero estas dotes se han puesto al servicio de una literatura de segundo grado, de consumo masivo y poco exigente, que sacrifica la creatividad a la entretenición, y no siempre consigue entretener: a la larga aburre, como pasa en largos pasajes de esta novela.

Su título viene del credo vagamente teosófico del patriarca Reeves -el padre del protagonista-, un predicador errante según el cual todo el universo está gobernado por una sabiduría inmanente, el "plan infinito". Las desventuras del hijo, Gregory Reeves, proceden -por contraste- del descomunal desorden que, al crecer, observa en el mundo circundante, y primero en el *ghetto* chicano de Los Angeles, donde no es gringo ni latino, sino un curioso puente entre ambas culturas.

A comienzos de los años sesenta, el joven obrero se convierte en un universitario de Berkeley, donde protagoniza a medias la revolución social y sexual de la época. Luego es enviado a Vietnam, experimenta el trauma particular de esa guerra, vuelve de ella desencantado y escindido, e ingresa en la ley de la selva civil, donde se convierte en un abogado inescrupuloso y vacío, con dos fracasos conyugales a costas e innumerables amoríos huecos. Se le acaba la prosperidad y cae en manos de la angustia: es la ruina del sueño americano. En el casi *Happy end* lo salva un tratamiento psiquiátrico. Como se ve, el emblemático protagonista representa la odisea de la entera sociedad norteamericana a lo largo de las últimas décadas.

La novela es de calidad bastante desigual en sus cuatro partes. La primera comienza bien, con impulso épico y buena prosa y toques de maravilla en el rastreo original de la exótica familia Reeves. Pero ya antes de la segunda parte -la adolescencia de Gregory, su período de Berkeley- se pone más y más convencional, hasta llegar a aburrir. Cuando la tercera parte emplaza al protagonista en plena guerra de Vietnam, uno cree que los tópicos llegarán al colmo pero, en forma sorprendente, esa guerra está muy bien enfocada: es la segunda y última cumbre de la obra. La cuarta parte -ya de antes, desde la segunda mitad de la tercera- va de personaje en personaje, estirando una historia que agoniza. En las últimas 150 páginas la novela se deshilacha a ojos vista, y en suma aburre.

Diré las virtudes principales de Isabel Allende. En primer lugar está su prosa narrativa desenvuelta, que en los mejores momentos seduce por su desenvoltura

espontánea. A continuación, la autora recoge, inventa o metamorfosea buenas historias: no sólo la gran historia de *El plan infinito*, sino las innumerables historias que esboza, como al pasar, página tras página. Por último, cabe destacar su magno impulso épico, su ambición de grandes horizontes que abarcan el mosaico de la entera sociedad norteamericana.

No obstante estas habilidades, la novela es superficial, al pie de la letra: está compuesta por múltiples y amplias superficies narrativas, pero carece de espesor interno: le falta en casi todo momento la dimensión de profundidad. Sin duda se agradece la ligereza narrativa de la autora, que nos lleva sin tregua de suceso en suceso, de novedad en novedad. Pero esa expedición tiene su precio: es epidérmica y fácil, carece de hondura humana. Cada vez que se enfrenta a un proceso anímico o mental o social más o menos complejo, lo resuelve con brocha gorda: le falta sutileza de alma. La novela está llena de lugares comunes, de estereotipos sociológicos, históricos, psicológicos, que calzarían mejor en reportajes de magazine, en páginas de periodismo convencional. Hay algo sumamente folletinesco en esta novela. La pretensión de cubrir narrativamente cuatro décadas de vida norteamericana le queda grande.

La voz narrativa alterna la tercera persona con la primera de Gregory Reeves en forma poco convincente. La tercera persona es omnisciente, y el relato está lleno de adelantos cronológicos y de opiniones externas del narrador sobre los personajes. La redacción ignora el uso del punto y coma y de los dos puntos; esta puntuación de sólo comas hace a menudo equívoca la lectura. La nota de realismo mágico, que la autora cultivó antes a la zaga de García Márquez, ha cedido ahora el paso a un realismo pesado y más bien documental, donde el encanto de lo maravilloso se reduce a pintoresquismos fáciles de menor cuantía.

Esta síntesis del carácter de Gregory Reeves puede parecer bastante banal: “solitario y peleador como vaquero de película”; sin embargo, el protagonista puede ser tan trivialmente definido porque en la novela carece de profundidad interior como carácter: es un atado de problemas genéricos -del mundo, de la nación, de la época- sin individualidad. Gregory Reeves es demasiado emblemático de la odisea del sueño americano y de su fracaso. La filosofía de fondo del caso Reeves, tal como se va explicitando hacia el final, consiste en tres o cuatro ideas psicológicas del todo convencionales. No deja de ser significativo que la salvación le venga al héroe por la terapia.

Los “casos humanos” de los que está sembrado el libro tienden a ser psicológicamente obvios y epidérmicos. También suelen serlo las atmósferas: por ejemplo, la descripción del mundo universitario de Berkeley hacia 1960 es muy convencional: en poco o nada se aparta del estereotipo. Hay demasiados escenarios de cartón pintado, demasiada decoración de utilería en los ambientes. Los graves asuntos morales y políticos que de vez en cuando cruzan por el argumento se convierten casi siempre en tópicos, en lugares comunes, cuando no en simplificaciones ideológicas. Y por último, la novela aburre en



largos trechos. La entretención, que era su fuerte, le falla por falta de substancia.

Isabel Allende ha dicho que no se le han subido a la cabeza los humos del éxito. Que lo pruebe rectificando. Que haga literatura con sus indudables dotes.

IGNACIO VALENTE

## ANTOLOGIA DE AIRE

De *Gonzalo Rojas*

Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1991, 312 págs.

Gonzalo Rojas ha entrado ya en una fase de consagración y de renombre poético internacional que comienza -que comenzó hace tiempo- a tornar injusto el hecho de no haber recibido aún el Premio Nacional de Literatura. ¿Cuántos homenajes más deben rendírsele en el extranjero antes de que reciba ese galardón en su propio país? ¿O seguiremos con la *boutade* parriana de que “nadie es poeta en su tierra”?

He perdido ya la cuenta de las antologías que se han publicado con lo mejor de su obra poética. Por fortuna, cada una de ellas suele agregar, a su selección pretérita, un cierto número de poemas nuevos. Habiéndome ocupado varias veces de tales antologías, tomaré de ésta solamente su parte final, la que corresponde a la última producción de Gonzalo Rojas. Debo agregar que el prólogo de este libro -*Recado desde México*, de Eduardo Milén- y sobre todo el largo epílogo -*Recado desde España*, de Jorge Rodríguez Padrón- son para mí el prototipo de cómo *no* debe escribirse sobre poesía: uno y otro multiplican lirismo (poesía sobre la poesía), erudición, pedantería y oscuridad, hasta el punto de no decir nada claro y substancial, nada reconocible, sobre la poesía de Rojas.

Bueno será comenzar por lo que menos gusta de nuestro poeta, por su recurso más dudoso si bien habilidoso, por su talento más artificial y literatoso: la fácil distorsión de la sintaxis, el hipérbaton, el abuso de los versos encabalgados. Gonzalo Rojas es el más barroco de nuestros poetas actuales, con un barroquismo -el mejor y más espontáneo- que tiene su filiación en Vallejo, pero también su rebuscamiento gongorino cuando se pasa de rosca. Así, por ejemplo, en esta estrofa que, por otra parte, no carece de cierta gracia: “La habría el Arcipreste amado a la bicicleta / con gozo nupcial, la habría en cada cuerda acariciado, / deseado por vedette piernilarga en el carrousel / de aqueste gran fornicio que es la Tierra, profundizado / con ciencia de aceite por / máquina suntuosa, pedaleado hasta el paroxismo / olor a fucsia en la fermosura de la moza”.